

sobre ellos á la cabeza de doscientos hombres, los arrojó fuera y cerró las puertas. En el mismo instante el general Vincent había pasado el Marne por la Ferté-sous-Jouarre, y había tomado posición en Lizy detrás del Ourcq.

De este modo los dos mariscales habían conseguido con catorce mil hombres solamente substraerse á cincuenta mil, y Blücher, que habría podido coparlos á los dos, los veía sanos y salvos establecidos detrás del Marne y del Ourcq, de cuyo modo la posición antes tan peligrosa para ellos lo iba á ser ahora para él. Terminado este movimiento el día 27 de febrero, los mariscales repitieron á Napoleón la noticia de lo que habían hecho, y pidieron á José que les mandara de París todos los refuerzos posibles. En efecto, se trataba de salvar otra vez la capital, y los recursos que contenía no podían emplearse más útilmente que dirigiéndose inmediatamente hacia Meaux.

Informado Napoleón el 25 del movimiento de Blücher hacia el Marne, y conociendo el carácter presuntuoso de este general, contaba con las imprudencias que iba á cometer y se prometía hacérselas pagar caras (1). Sin perder un instante, había ordenado al mariscal Víctor, que estaba entre Troyes y Mery, que restableciera el puente de Mery sobre el Sena y que avanzara á Plancy para pasar por allí el Aube. Había prescrito al mariscal Ney que saliera de Troyes y se encaminara hacia Aubeterre, para atravesar el Aube por Arcís. Su resolución consistía en salir clandestinamente de Troyes con treinta y cuatro ó treinta y cinco mil hombres, dejar otros tantos delante de esta ciudad y caer sobre la retaguardia de Blücher para acorralarle contra el Marne, donde los mariscales Marmont y Mortier lo recibirían á la bayoneta.

Habiéndose confirmado las primeras noticias el 26 por la mañana, hizo partir de Troyes el resto de su guardia, y resolvió partir él también en la mañana siguiente para dirigir este nuevo movimiento que si salía bien podía terminar la guerra.

Al tomar esta resolución era preciso dejar delante de Troyes fuerzas bastantes para imponer respeto al prin-

(1) El duque de Ragusa, ignorando como siempre los motivos de Napoleón y juzgándole muy ligeramente, le vituperaba por no haber partido antes del 27, puesto que el 24 le había hecho saber el movimiento de Blücher, y pretende que si hubiese obrado dos días antes habría sido segura la destrucción del ejército de Silesia. La correspondencia responde á esto de un modo categórico. La noticia del movimiento de Blücher enviada el 24 de Sezanne, no llegó á Napoleón hasta el 25, y el mismo día hizo partir de Mery á Víctor para Plancy y á Ney de Troyes para Aubeterre. No hubo, pues, ni una hora perdida. El 26, cuando la intención de Blücher estaba bien demostrada, Napoleón continuó este movimiento y no partió en persona á la vuelta hasta el 27, porque debía dar á sus tropas tiempo para marchar. Habiendo llegado la noticia el 25, el 27 sus tropas estaban en Herbisse en la otra parte del Aube. No podía, pues, obrar más de prisa, y cuando se sabe qué seguridad en los juicios y qué vigor de carácter se necesitan en la guerra para tomar resoluciones repentinas, sobre todo en una posición tan grave como aquella en que Napoleón se encontraba, posición en que el primer movimiento falso podía perderle, no se puede admirar bastante la precisión, el vigor de un capitán, que á la hora de haber recibido un aviso pone sus tropas en marcha, y no se queda detrás sino para ocultar por más tiempo sus proyectos al enemigo, para dar, en tanto que caminan sus tropas, órdenes que abrazaban á la vez la dirección de todos los ejércitos y el gobierno de un vasto imperio. (N. del A.)

cipe de Schwartzberg. Napoleón confió á los mariscales Oudinot y Macdonald y al general Gefard el cuidado de defender el Aube, ocultando su ausencia el mayor tiempo posible. El mariscal Oudinot, además de la división Rothenbourg de la joven guardia, tenía la división Leval sacada de España, la mitad de la división Boyer (igualmente sacada de España) y la caballería del conde de Valmy. El mariscal Macdonald tenía el 11.º cuerpo con la caballería de Milhaud; el general Gerard tenía el 2.º cuerpo reunido con la reserva de París y los coraceros de Saint-Germain. El todo formaba una masa de un poco más de treinta mil hombres. Napoleón les ordenó que rechazaran los puestos enemigos más allá del Aube y ocuparan sólidamente el curso de este río más arriba ó más abajo de Bar-del-Aube. Les recomendó sobre todo hacer gritar después de su marcha: *Viva el emperador!* para que no se dudara de su presencia.

Napoleón se llevó al mariscal Víctor con las divisiones de la joven guardia Boyer y Charpentier; á Ney con las divisiones de la joven guardia Meunier y Curial, y á la 2.ª brigada de la división Boyer (de España), á Friant con la vieja guardia, á Drouot con la reserva de artillería, y en fin á nueve ó diez mil hombres de caballería, de la guardia y de los dragones de España, formando un total, como hemos dicho ya, de unos treinta y cinco y mil hombres. Por su reunión con los mariscales Mortier y Marmont debía tener cerca de cincuenta mil.

Antes de dejar á Troyes tomó, según su costumbre, varias medidas relativas á la administración militar y política. La quinta, que en vez de los seiscientos mil hombres decretados, no había procurado más que ciento veinte mil, concuía por no suministrar ninguno. Con efecto, se aprovechaban de la confusión de la autoridad imperial para no obedecer una ley detestada por todos. En vez de cuatro ó cinco mil quintos que hasta entonces llegaban á París diariamente, y que incorporaban á toda prisa en los cuadros de la guardia ó de la línea, no llegaban apenas mil. Por el contrario, en las provincias que el enemigo había atravesado, la exasperación patriótica había llegado al colmo y podían encontrarse allí muchos reclutas animados de la mejor voluntad. Napoleón ordenó una especie de leva en masa en los departamentos invadidos, bajo pretexto de llamar en estas localidades á los guardias nacionales en defensa del país, y no queriendo dejar en los cuadros de la guardia nacional á los hombres que no tenían el mayor valor, los hizo incorporar en los regimientos de línea, con la promesa de licenciarlos en el instante en que el enemigo fuese arrojado del territorio francés. Reiteró la apremiante recomendación de que le enviaran víveres á Nogent por el Sena, y además un servicio de puentes, sin el cual todos sus movimientos eran tan difíciles como en un país extranjero. A estas órdenes añadió la recomendación dirigida con frecuencia á su mujer, á su hermano José, al archicanciller Cambaceres y al ministro de la Guerra, de que no tuvieran miedo ó al menos no lo dejaran traslucir, que ejecutaran puntualmente sus instrucciones, y por último, como tenía costumbre de decir, *que le dejaran hacer*, prometiendo si le secundaban que pronto precipitaría á la coalición en el Rhin.

Los comisarios del armisticio, reunidos desde el 24 en Lusigny, no habían cesado de discutir sobre los límites de los ejércitos beligerantes. Napoleón al partir mandó á Mr. de Flahaut que continuara las negociaciones, y hasta que cediera en algunos puntos con tal que la plaza de Amberes y el pueblo de Chambery fuesen comprendidos en la línea de demarcación. Aunque no esperaba nada de estas conferencias, no quería cerrar ninguna vía de negociación. Mr. de Caulaincourt le aconsejaba siempre el abandono de una parte de las bases de Francfort y le pedía un contraproyecto, que los plenipotenciarios de Chatillón reclamaban con instancia, en virtud de órdenes recibidas de Chaumont. Napoleón dictó una contestación para los plenipotenciarios. Mr. de Caulaincourt debía decir que el deseado contraproyecto se elaboraba en el cuartel general, pero que en medio de tantos y tan multiplicados movimientos militares, no era extraño que el emperador de los franceses, que era á la vez jefe del gobierno y jefe del ejército, no hubiese tenido tiempo de acabar semejante trabajo. Entretanto debía declarar que siendo el proyecto presentado en Chatillón, no un tratado de paz, sino una capitulación, no se aceptaría jamás; que la Francia debía en interés general conservar su antigua situación en Europa; que para que no fuese así, era preciso que recibiera el equivalente de las extensiones de territorios adquiridos por la Prusia, la Rusia y el Austria á expensas de la Polonia, por la Alemania á costa de los estados eclesiásticos, por el Austria á costa de Venecia, y por la Inglaterra á costa de los holandeses y los príncipes indios; que la Francia debía, pues, extenderse mucho más allá de los límites de 1790, y que además no consentiría jamás en que se decidiera sin ella de la suerte de los Estados de Europa que habría cedido. De este modo, Napoleón indicaba sobre qué bases se proponía negociar, pero sin explicarse con precisión acerca de las fronteras que pretendía conservar, pues esto no quería hacerlo sino después de alcanzar nuevos triunfos que fueran decisivos. Recomendó al duque de Vicence que hiciera creer que estaba en Troyes, ocupado en concentrar allí recursos y en preparar un proyecto de tratado en respuesta al de Chatillón.

Quiso además que el consejo de regencia, compuesto de los grandes dignatarios y los ministros, examinara las proposiciones de Chatillón y diera su parecer, pensando que todos los miembros del consejo se indignarían al oírlas.

Habiendo despachado estos asuntos de tan grave y variada índole, Napoleón partió secretamente de Troyes el 27 de febrero por la mañana, atravesó el Aube en Herbisse, en casa de un pobre cura de aldea que no tenía que ofrecerle más que un modesto presbiterio, pero que se lo ofreció cordialmente tanto á él como á su estado mayor. Después de una cena alegre y frugal, pasaron la noche en sillas, en mesas, ó sobre la paja, contando con que esta nueva marcha sobre la retaguardia de Blücher tendría tan buenos resultados como la anterior. Todo lo hacía esperar así, y Napoleón podía fundadamente abrigar esta esperanza.

Al día siguiente, 28 de febrero, continuó su marcha. Entre dos partidos podía escoger: seguir á Blücher

por Sezanne y la Ferté-sous-Jouarre hacia Meaux, ó avanzar directamente por Fere-Champenoise hacia Chateau-Thierry. Adoptando esta última dirección tenía la ventaja de colocarse sobre las comunicaciones más importantes de Blücher, cortándole á la vez de Chalóns y de Soissons, y separándole de Bulow y Wintzingerode. Pero este modo de operar envolvía más de un peligro; era tener expuestos demasiado tiempo á los ataques de Blücher á los mariscales Marmont y Mortier delante de Meaux; era dejar libre á Blücher el camino principal de París, y en fin era suministrarle una línea de retirada que valía tanto como la de Chalóns ó Soissons, que remos decir, la de Meaux á Provins, que en caso de peligro le permitiría replegarse hacia el príncipe de Schwartzberg. Seguir simplemente á Blücher por Sezanne, la Ferté-Gaucher y la Ferté-sous-Jouarre, era, pues, el partido más seguro, sea para quitarle el camino de París, sea para socorrer lo más pronto posible á los dos mariscales, sea en fin para tratarle como en Montmirail y Champaubert, pues si quería correr al Sena para reunirse con el príncipe de Schwartzberg, llegarían antes que él, y si pasaba detrás del Marne para cubrirse con este río, le seguirían y le encerrarían entre el Marne y el Aisne, sin dejarle ningún medio de salir en atención á que se habían tomado precauciones para conservar Soissons. Así Napoleón, al paso que ejecutaba una maniobra atrevida elegía la dirección más segura, pues se hallaba dotado del arte supremo de conservar en el atrevimiento la medida que le separaba de la imprudencia, en una palabra, de ser á un tiempo audaz y prudente. Desgraciadamente sólo en la guerra sabía conciliar estos puntos contrarios.

Marchó, pues, el 28 por la mañana con sus treinta y cinco mil hombres por Sezanne hacia la Ferté-Gaucher y la Ferté-sous-Jouarre. Por mucho que se apresurara á atravesar las distancias, no pudo llegar en un día á la Ferté-Gaucher, y pasó la noche entre Sezanne y la Ferté-Gaucher; al día siguiente 1.º de marzo pernoctó en Jouarre, y el 2 muy temprano llegó á la Ferté-sous-Jouarre. Durante la marcha de Napoleón hacia el Marne, Blücher, que por fin había entrevisto el peligro de su posición, no había desplegado para librarse de él toda la celeridad que aconsejaba la más simple prudencia. Desde luego había querido poner el Marne entre él y Napoleón y había pasado ese río en la Ferté-sous-Jouarre de que se había apoderado después de la retirada de Marmont y Mortier; había destruído el puente de ese pueblo y había ido á establecerse á lo largo del Ourcq, para tratar de forzar la posición de los dos mariscales, en tanto que Napoleón, contenido por el Marne, se vería obligado á permanecer en inacción. Esto era una grande imprudencia, pues el Marne no podía contener á Napoleón más de treinta y seis horas, y si Blücher con tentativas infructuosas se detenía demasiado en las orillas del Ourcq, se exponía á ser cogido á retaguardia y á quedar acorralado entre el Marne y el Aisne en un atolladero sin salida. Con efecto, las cosas habían pasado así mismo; en tanto que Napoleón se avanzaba á toda prisa, Blücher perdía el tiempo en vanos esfuerzos contra la línea del Ourcq; pero Marmont y Mortier, cayendo sobre Kleist, le habían obligado á volver á pasar el río con una pérdida considerable. En tanto que los dos mariscales sostenían así su posi-

ción, José les enviaba refuerzos consistentes en siete mil infantes y mil quinientos caballos de la guardia y de línea. Estas tropas se les habían incorporado el 1.º de marzo, y el 2, viendo llegar á Napoleón hacia el Marne, estaban prontas á obrar según sus órdenes.

Blücher, colocado al otro lado del Marne y á lo largo del Ourcq, que no había podido forzar, se encontraba, pues, entre los dos mariscales que defendían el Ourcq y Napoleón que se preparaba á atravesar el Marne. Tenía fuertes razones para apresurarse, pues el peligro iba creciendo. Sin embargo, se obstinó y perdió todo el día 2 en la línea del Ourcq para ver si podría batir á los dos mariscales á la vista de Napoleón, detenido por el obstáculo del Marne. Habiendo encontrado una valerosa resistencia en todos los puntos del Ourcq, tomó al fin el partido de romper la marcha el 3 por la mañana para aproximarse al Aisne y reunirse ó con Bulow, que llegaba por Soissons, ó con Wintzingerode, que llegaba por Reims. Pero iba á encontrarse entre el Marne, que Napoleón debía haber atravesado, y el Aisne, sobre el cual no tenía más paso que el de Soissons que nosotros poseíamos; además el terreno entre el Marne y el Aisne que tenía que atravesar era pantanoso y estaba casi impracticable á causa de un súbito deshielo. Gracias á su imprudencia y al profundo cálculo de su adversario, su situación era, pues, de las más alarmantes.

Entretanto, llegado Napoleón á las orillas del Marne, ardía en deseos de atravesarlo. Empleó para esto á los marinos de la guardia, y á fuerza de actividad consiguió restablecer el paso en la noche del 2 al 3 de marzo. Las noticias que recibía á cada instante eran á propósito para excitar su impaciencia en alto grado. Los aldeanos que llegaban de la otra parte del Marne, llenos de celo como todos aquellos que habían visto de cerca al enemigo, pintaban con los más tristes colores el estado del ejército. En efecto, este ejército, acordándose muy bien de Montmirail, Chateau-Thierry y Vau-champs, y sabiendo que Napoleón en persona le perseguía, esperaba un gran desastre. El mal estado de los caminos aumentaba su alarma, y se veía precisado á abandonar cuando menos sus cañones y bagajes tan luego como Napoleón hubiera atravesado la débil barrera que los separaba. En esto tenía Napoleón un motivo para no perder el tiempo; y según su costumbre no lo perdía. Las noticias recibidas de Troyes le daban además otro motivo para apresurarse.

Le anunciaban que habiendo penetrado el secreto de su partida, el príncipe de Schwartzberg había vuelto á tomar la ofensiva y que rechazaba de nuevo á Troyes y á Nogent á los mariscales que habían quedado guardando el Aube. Esta circunstancia, aunque obligándole á marchar de prisa, le inquietaba poco, pues estaba bien seguro de que una vez que habría concluido con el ejército de Silesia, podría volverse contra el de Bohemia y le haría retroceder con más precipitación de la que habría empleado en avanzar. De repente Napoleón, en vista de los complicados movimientos de sus adversarios, concibió un gran pensamiento militar, cuyas consecuencias podían ser inmensas. Caer inmediatamente sobre Schwartzberg, después de haber batido á Blücher, le parecía una táctica muy cansada y sobre todo poco decisiva; por eso imaginó otra. La llegada en línea de los cuerpos de Bulow y Wintzingerode, que le

habían anunciado, le probaba que los aliados descuidaban mucho el bloqueo de las plazas y les dejaban para cercarlas fuerzas tan insignificantes en número como en calidad, que sería, pues, posible sacar partido contra ellos de las guarniciones, puesto que ellos se servían contra nosotros de las tropas de bloqueo, aprovechando así lo que él llamaba en su expresivo lenguaje *las fuerzas muertas*. Bajo este concepto, resolvió movilizar todas las tropas que había disponibles en las plazas, y hacerlas salir para componer un ejército activo cuyo papel podía ser de los más importantes.

Habían enviado quintos á las fortalezas de la Bélgica, del Luxemburgo, la Lorena y la Alsacia, que colocados en viejos cuadros, debían haber adquirido cierta instrucción al cabo de dos meses y medio que duraba la campaña. Batiéndose con quintos que con frecuencia no tenían más que quince días de ejercicio, Napoleón podía pensar que unos soldados incorporados hacía dos meses y medio debían hallarse en un estado satisfactorio. Admitido esto, era posible sacar de Lille, Amberes, Ostende, Gorcum y Berg-op-Zoom cerca de veinte mil hombres, ó quince mil al menos; y más del doble de las plazas de Luxemburgo, Verdún, Thionville, Maguncia, Estrasburgo, etc. Por consiguiente, si después de haber puesto á Blücher fuera de combate, Napoleón, á quien le quedarían cincuenta mil hombres, recogía otros cincuenta mil al pasar por Soissons, Laón y Rethel, hacia Verdún y Nancy, iba á encontrarse con cien mil hombres sobre la retaguardia del príncipe de Schwartzberg, y sin duda alguna éste no esperaría ese momento para volver de París á Besanzón. A la primera sospecha de semejante proyecto, el generalísimo de la coalición se volviera atrás, perseguido por los aldeanos exasperados de la Borgoña, la Champaña y la Lorena, los cuales, abatidos al principio por la rapidez de la invasión, habían sentido después despertarse en ellos el amor patrio en todo su entusiasmo. Así llegaría medio vencido á caer definitivamente bajo los golpes de Napoleón. Este plan tan osado podía ejecutarse, pues el número de hombres existía, y el reunirlos á todos no exigía ni mucha fatiga ni mucho tiempo. Con efecto, de Soissons á Rethel, de Rethel á Verdún, y de Verdún á Toul, el camino que había que andar no era mucho más largo que el que ya habían hecho para correr alternativamente de Schwartzberg á Blücher. Por otra parte, dos ó tres días más importaban poco, cuando el simple anuncio del movimiento proyectado habría llevado al enemigo de París á la frontera, y salvado la capital. Así la guerra podía terminarse de un solo golpe si la fortuna secundaba la ejecución de este proyecto; pues ciertamente Schwartzberg reducido ya á noventa mil hombres á causa del destacamento enviado á Lyon, si volvía perseguido por los aldeanos de nuestras provincias, no podría hacer frente á un ejército de cien mil hombres mandados por el emperador en persona.

En consecuencia de esto, Napoleón ordenó al general Maisón que no dejara en Amberes más que los obreros de marina y los guardias nacionales, esto es, lo que era indispensable para resistir un enemigo que no pensaba en atacar en regla; que hiciera lo mismo en las otras plazas de Flandes, y que se dispusiera á marchar hacia Mezieres con todas las fuerzas que hubiese podido reunir.

La misma orden dió á los gobernadores de Maguncia, Metz y Estrasburgo. Unos y otros no debían dejar en las plazas más que lo indispensable; debían suplir con guardias nacionales, incorporarse las guarniciones de los pueblos menos importantes, y de reunirse de Maguncia y de Estrasburgo hacia Metz y de Metz hacia Nancy para ser recogidos de paso. Si nuestros comandantes de las guarniciones obraban con vigor, las escasas tropas que bloqueaban nuestras fortalezas no podrían impedir esta reunión. En todo caso, acudiendo Napoleón á tenderles la mano, libertaría á aquellos que hubiesen encontrado obstáculos en su camino. Hombres disfrazados y seguros fueron los encargados de llevar estas órdenes, encargo que no era difícil, pues excepto Maguncia, se tenían noticias de casi todas nuestras plazas fuertes, tan incompleto era el bloqueo del enemigo.

Satisfecho con este proyecto, que le infundía las más justas esperanzas, Napoleón, después de haber pasado el Marne en la noche del 2 al 3 de marzo, se apresuró á perseguir á Blücher, que era preciso poner fuera de combate, ó alejarle al menos, para ejecutar el plan que acababa de imaginar. Las noticias de la mañana estaban unánimes en presentar á Blücher en la más difícil posición. Con efecto, le rechazaban sobre el Aisne, que no podía atravesar más que por el puente de Soissons que nos pertenecía. Es cierto que podía escapar por un movimiento sobre su derecha que le conduciría hacia Fere-de-Tardenois y hacia Reims, lo que le permitiría alejarse subiendo el Aisne y yendo á pasarle por la parte superior de su corriente, donde no faltaban puentes, y donde debía encontrar á Bulow y Wintzingerode. Pero Napoleón no era hombre para dejarle este recurso. Con esta intención marchó en persona á la derecha después de haber atravesado el Marne, y subió por la carretera de la Ferté sous-Jouarre á Chateau-Thierry. Así tenía la doble ventaja de ir más aprisa, y de ganar el camino directo de Chateau-Thierry á Soissons por Oulchy. Una vez en este camino, estaba seguro de haberse adelantado á Blücher y de cerrarle la única salida que le quedaba hacia Reims.

Llegado á Chateau-Thierry, Napoleón cesó de subir á la derecha y marchó directamente hacia Soissons rechazando vivamente á Blücher hacia Oulchy. En el mismo instante, los mariscales Mortier y Marmont, habiendo vuelto á pasar el Ourcq hacia la izquierda y desembocando de Lizy y de May, emprendieron también por su parte la persecución del enemigo. Habiendo caído una helada en la madrugada del 3 se hizo menos difícil la retirada de Blücher; pero su peligro no era menor sin embargo, pues el camino de Reims iba á quedar cerrado para él. En Oulchy se encuentra de nuevo el Ourcq, y Marmont empeñó allí un fuerte combate contra la retaguardia de Blücher, tomándola y matándola cerca de tres mil hombres y arrojándola por fin en desorden al otro lado del Ourcq. De este modo quedaba asegurado el paso en la mañana siguiente por los mariscales Mortier y Marmont que caminaban de acuerdo. Otra ventaja se había obtenido, y era la de haber ocupado la Fere-de-Tardenois por nuestra extrema derecha y de haber interceptado el camino de Reims. Para atravesar el Aisne, Blücher no tenía otro recurso que Soissons, que era nuestro. ¡Teníamos acorralado al

fin á ese irreconciliable enemigo y estábamos en visperas de ahogarle en nuestros brazos!

Napoleón había llevado su vanguardia hasta la aldea de Rocourt, en tanto que las tropas de Marmont estaban en Oulchy, y pasó la noche en Bezú Saint-Germain, animado con las más bellas y justas esperanzas que hubiese concebido nunca. En efecto, en la mañana siguiente, 4 de marzo, se puso en marcha contando con un resultado decisivo durante el día. Temiendo siempre que Blücher consiguiera escaparse por su derecha, fué en persona á tomar posición en Fismes, único camino que estaba practicable en la dirección de Reims, en tanto que Marmont y Mortier avanzaban directamente hacia Soissons por Oulchy y Hartennes. Blücher no tenía más remedio que combatir con el Aisne á la espalda y con cuarenta y cinco mil hombres contra cincuenta mil. No estábamos acostumbrados en esta campaña á la superioridad numérica, y Blücher inevitablemente debía ser precipitado al Aisne. Que se detuviera en Soissons para pelear de espaldas á un río ó que quisiera subir el Aisne, su posición era la misma. Si se detenía delante de Soissons, Napoleón reuniéndose por su izquierda con Marmont y Mortier caía sobre él en tres ó cuatro horas; si subía el Aisne para establecer un puente ó aprovecharse del de Berry-au-Bac, Napoleón desde Fismes caía más directamente aún sobre él, y reuniéndose en el camino con Marmont y Mortier, le sorprendía en una marcha de flanco, posición la más crítica de todas. La pérdida de Blücher era, pues, segura; ¿y qué sería de los cuerpos de Bulow y Wintzingerode errando por las cercanías para unirse á él? ¿Qué sería de Schwartzberg solo en el camino de París? Los destinos de la Francia debían cambiarse, pues fuese cual quisiera la suerte posterior de la dinastía imperial (cuestión muy secundaria en una crisis tan grave), la Francia victoriosa habría conservado sus fronteras naturales. A cada momento recibíamos nuevos presagios de la victoria. El mayor desaliento reinaba entre las tropas de Blücher, en tanto que las nuestras ardían en valor. A cada paso se recogían carros abandonados y gente rezagada; mil ciento ó mil doscientos de esos desgraciados habían caído en nuestro poder.

De repente Napoleón recibió la noticia más imprevisible y más terrible. Soissons, que era la clave del Aisne; Soissons, que él había abastecido cuidadosamente de todos los medios necesarios de defensa; ¡Soissons había abierto sus puertas á Blücher y le había facilitado el paso del Aisne! ¡Quién, pues, tan de repente había cambiado la faz de las cosas y había convertido en grave peligro para nosotros lo que poco antes era un peligro de muerte para Blücher! Con efecto, Blücher no sólo se había abstraído á nuestra persecución, sino que estaba protegido ya por el Aisne, nuestro recurso antes y ahora nuestro obstáculo, y además se había reunido con Bulow y Wintzingerode juntando una fuerza de cien mil hombres. ¿Quién, pues, repetimos, había podido cambiar así los papeles y los destinos? Un hombre débil, que, sin ser un traidor ni un cobarde, sin ser ni siquiera un mal oficial, se había dejado intimidar por las amenazas de los generales enemigos y había entregado á Soissons.

He aquí cómo se había cumplido este acontecimiento, el más funesto de la historia, después del otro que

un año más tarde debía tener lugar entre Wavre y Waterloo.

Soissons había caído ya antes en manos de los aliados, por la muerte del general Rusca, y había sido libertada por el general Mortier, cuando éste salió en persecución de Sacken y de York. Por orden de Napoleón, que comprendía toda la importancia de Soissons en las presentes circunstancias, el mariscal Mortier había hecho todo lo posible para la conservación de este puesto. La plaza, descuidada hacía largo tiempo, no estaba en estado de oponer una gran resistencia al enemigo; pero con la abundancia de artillería y municiones que tenía y algunos sacrificios que autorizaban las circunstancias, podían sostenerse en ella algunos días y conservar allí la posesión del paso del Aisne. En virtud de instrucciones que Napoleón había revisado y que había enviado á Soissons, debían ante todo quemar las casas de los arrabales por ser perjudiciales á la defensa; después debían minar el puente del Aisne, para hacerlo saltar si era preciso, lo que á falta de poderlo conservar para el ejército francés, presentaba la ventaja de quitárselo al enemigo. En cuanto á guarnición se había mandado allí á los polacos retirados en Sedán y de quienes Napoleón en aquellos momentos no estaba muy satisfecho. Es verdad que á la desesperación de la patria perdida se juntaba en ellos una profunda miseria: habiendo formado en otro tiempo una hermosa tropa, ahora se veían reducidos á tres ó cuatro mil hombres mal armados y mal uniformados. Sin embargo, en vista del peligro de la Francia, todos aquellos que podían manejar un sable ó un fusil habían solicitado volver al servicio. Unos mil hombres á caballo al mando del general Pac se habían unido á la guardia imperial y otros mil de infantería se habían concentrado en Soissons, debiendo ser reforzados con dos mil guardias nacionales. De gobernador de la plaza estaba el general Moreau (que no era pariente del célebre Moreau) y que no pasaba por un mal oficial.

Desgraciadamente él solo representaba el lado débil de la defensa. El 1.º y 2 de marzo vieron aparecer dos masas enemigas, una por la orilla derecha y otra por la izquierda del Aisne: éstas eran las tropas de Bulow que, procedentes de Bélgica y bajando del Norte, llegaban á Soissons por la orilla derecha; y las de Wintzingerode, que, procedentes de Luxemburgo, pasaron por Reims y se presentaban por la orilla izquierda. Los dos comprendían la importancia capital de este punto, que se trataba de tomar tanto para Blücher como para ellos. Efectivamente, Soissons era para Blücher la única salida por donde debía atravesar el Aisne, y para ellos el único medio de salir de un aislamiento que á cada instante se hacía más peligroso. Si no podían tomar este puente, estaban obligados á retroceder, el uno por la orilla derecha del Aisne y el otro por la izquierda, para ir á operar más arriba su reunión y dejar á Blücher solo entre Napoleón y el Aisne. Así, después de haber cañoneado inútilmente todo el día 2 de marzo, el día 3 hicieron al general Moreau las más terribles amenazas y procuraron intimidarle, diciéndole que pasarían á cuchillo á la guarnición.

La plaza no podía resistir más de dos ó tres días, pues atacada por cincuenta mil hombres y no teniendo más que unos mil de guarnición, con las defensas en muy mal estado, una resistencia prolongada era absolutamen-

te imposible. Los dos mil guardias nacionales que debían reunirse á los polacos, no habían llegado aún; las casas de los arrabales que perjudicaban á la defensa no habían sido destruídas, y el puente no había sido minado, lo que era culpa del gobernador. Tenían, pues, contra sí todas estas circunstancias; pero en fin, los polacos, viejos soldados, ofrecían defenderse hasta el último extremo; además habían oído el cañón en la dirección del Marne, lo que indicaba la llegada de Napoleón y demostraba la importancia del puesto, que por otra parte las apremiantes instancias del enemigo bastaban para denotar lo que valía.

En una posición ordinaria, rendirse habría sido muy natural, pues se debe salvar la vida de los hombres cuando el sacrificio no puede ser útil; pero en la situación en que se encontraban, sufrir el asalto, sucumbir y perecer hasta el último hombre era un deber sagrado. Un oficial de ingenieros, el teniente coronel Saint-Hiller, hizo comprender este deber y la posibilidad de la resistencia al menos durante veinticuatro horas. Sin embargo, el general Moreau, atemorizado por las amenazas dirigidas á la guarnición, consintió en entregar la plaza el día 3 de marzo, y lo único que hizo emplear todo el día en disputar las condiciones. Quería salir con su artillería. El conde Woronzoff, que estaba presente, dijo en ruso á uno de los generales: «¡Que tome su artillería y la mía si la quiere, y que nos deje pasar el Aisne!» Mostráronse condescendientes, y al acordar al general Moreau la capitulación más honrosa en apariencia, le hicieron consumir un acto que podía costarle la vida, que costó á Napoleón el imperio y á la Francia su grandeza.

El 3 por la noche Bulow y Wintzingerode se dieron las manos sobre el Aisne, y de este modo Blücher el día 4 encontró abierta una puerta que habría debido estar cerrada, con un refuerzo que elevaba su ejército á cerca de cien mil hombres, y subsanó en un segundo sus propias faltas, evitando al mismo tiempo la terrible suerte que Napoleón le había destinado.

Algunos historiadores apologistas de Blücher han pretendido que el peligro en que estaba no era tan grande como quiso decir Napoleón, pues Blücher habría sido reforzado al menos con las tropas de Wintzingerode, que viniendo de Reims, estaban sobre la orilla izquierda del Aisne, lo que habría elevado el ejército prusiano á setenta mil hombres contra cincuenta y cinco mil. Desde luego no había fuerza numérica que pudiese hacer buena la falsa posición de Blücher, pues llegado el 4 delante de Soissons, en tanto que Napoleón estaba el mismo día en Fismes, se habría visto en la alternativa de tratar de pasar el Aisne por delante de él, poniendo puentes de caballetes, ó de subir el Aisne en un espacio de diez leguas, con el ejército francés de flanco.

La ventaja de ser setenta mil contra cincuenta y cinco mil, cosa que no nos sorprendía en aquel momento, no era nada comparada con una posición militar tan falsa. Después es casi seguro que Wintzingerode, no habiendo podido reunirse el 3 con Bulow en Soissons, el 4 se habría apresurado á retroceder para ir á pasar el Aisne á doce ó quince leguas más arriba, es decir, por Berry-au-Bac. De este modo, Blücher se habría encontrado durante todo un día solo entre Napoleón y el puente cerrado de Soissons.

El desastre era por consiguiente tan seguro como una cosa puede serlo en la guerra, y Napoleón, al saber que Soissons había abierto sus puertas, cayó en un dolor profundo, pues el peligro suspendido sobre la cabeza de Blücher se había desviado de repente y caído sobre la suya. Efectivamente, Blücher acababa de adquirir una fuerza de cien mil hombres, y el Aisne, que debía ser su pérdida, se había convertido en su defensa. En cuanto á nosotros nos era preciso, ó pasar el Aisne con cincuenta mil hombres delante de cien mil, lo que era una temeridad, ó alejarnos para volvernos al Sena sin saber qué hacer allí. ¿Pues cómo podíamos presentarnos ante el ejército de Bohemia sin haber vencido al de Silesia? Se comprenderá, pues, que Napoleón escribiera al ministro de la Guerra la carta siguiente:

«Fismes, 5 de marzo de 1814.

»El enemigo se hallaba en el mayor apuro, y nosotros esperábamos recoger hoy el fruto de algunos días de fatiga, cuando la traición ó la necedad del comandante de Soissons le ha entregado esta plaza.

»El 3 á mediodía salió con los honores de la guerra, llevándose cuatro cañones. Poned preso á ese miserable y á los miembros del consejo de defensa; hacédlos comparecer ante una comisión militar compuesta de generales, y ¡por Dios, que sean fusilados á las veinticuatro horas en la plaza de la Greve! Ya es tiempo de hacer ejemplos. Que la sentencia bien motivada se imprima, se anuncie y se envíe por todas partes. Me veo reducido á echar un puente de caballetes sobre el Aisne, lo que me hará perder treinta y seis horas creándome mil apuros.»

Sin embargo, Napoleón no conocía más que una parte de la verdad, pues ignoraba que Blücher acababa de adquirir una fuerza doble que la suya. Lo que sabía era que Blücher se le había escapado, y que para alcanzarle era preciso seguirle al otro lado del Aisne. La desgracia era ya bastante grande y muy propia para confundir á otro que no fuese él. Si después de semejante percance, Napoleón confuso hubiese perdido uno ó dos días en busca de un nuevo plan, nadie podría extrañarlo en vista de lo que sucede á la mayor parte de los generales (1), y sin embargo, no fué así. Aunque Blücher tuviese ahora el Aisne, que antes estaba contra él, aunque hubiese sido reforzado en una proporción considerable ignorada por nosotros, Napoleón no renunció á perseguirle, para tratar de destrozarle cuerpo á cuerpo,

(1) El general Koch dice en el cap. XIV: «El emperador, cuyo plan estaba burlado por un acontecimiento tan inesperado, estuvo un día entero en la incertidumbre, y dejó traslucir sus dudas en las operaciones divergentes y atrevidas que emprendió.» Este es un error muy excusable para quien no ha leído ni sus órdenes ni la correspondencia de Napoleón. Seguramente, no estaba contento; pero tampoco estaba confuso, como vamos á verlo, pues ordenó sin perder una hora las nuevas disposiciones que exigían las circunstancias. Lo que ha causado el error del general Koch es que se supone que habiendo tenido lugar el 3 la rendición de Soissons, Napoleón debió saberla el 4, á causa de su proximidad. Pero la correspondencia prueba que Napoleón no la supo hasta el 5 por la mañana, porque no llegó á noticia de los mariscales Mortier y Marmont hasta el 4 por la noche. Ahora bien, todas las órdenes para pasar el Aisne son del 2 por la mañana. No hubo, pues, incertidumbre ni tiempo perdido, y en semejantes circunstancias es en verdad una cosa sorprendente. (N. del A.)

pues le era imposible, sin haberle batido, volver contra Schwartzemberg.

Muy luego, con efecto, se habría encontrado cogido entre Blücher, que seguía sus huellas, y Schwartzemberg, victorioso de los dos mariscales que habían quedado guardando el Aube, posición horrible y en la que no podían sostenerse. Era preciso, pues, á toda costa, aunque sucumbiera, pues sucumbiría de todos modos si no lo hacía, era preciso, pues, ir en busca de Blücher al otro lado del Aisne é inmediatamente, antes que el enemigo pensase en hacer impracticables los pasos de este río. Napoleón dió sus órdenes el 5 por la mañana en el instante que supo la noticia que le desolaba.

En la noche, Napoleón había enviado al general Corbineau á Reims con el fin de que tomara esta importante comunicación con las Ardenas y para recoger todo lo que Wintzingerode había debido dejar á retaguardia. Queriendo asegurarse el paso del Aisne, objeto esencial del momento, había dirigido al general Nansouty con la caballería de la guardia al puente de Berry-au-Bac, que era un puente de piedra, y por el cual pasa la carretera de Reims á Laón. Había ordenado también que se mandara un destacamento de caballería hacia Maisy, situado á nuestra izquierda, para echar allí un puente de caballetes, y prescribió al mismo tiempo al mariscal Mortier que pasara sin demora á Braisne para ir á preparar otros medios de paso en Pontarcy. Su intención era tener tres puentes sobre el Aisne con el fin de no verse precisado á desembocar por uno solo delante de Blücher, lo que podía hacer imposible la operación. Sin duda alguna, si la vigilancia del enemigo hubiese igualado á la suya, se habrían encontrado los cien mil hombres del ejército de Silesia detrás de los puentes por donde era presumible el paso, y no habría logrado atravesar el río con cincuenta mil hombres por valientes que éstos fuesen. Pero siempre se ha visto que no perdiendo el tiempo, por poco que quede, se llega bastante pronto para desbaratar las precauciones de los adversarios. Napoleón, á quien una experiencia sin igual había enseñado cuán grande es por lo común la inercia de los que mandan, no desesperaba de encontrar el Aisne mal guardado y de poder ejecutar el paso sin tirar un tiro.

En efecto, en tanto que á su derecha el general Corbineau penetraba en Reims y cogía dos mil hombres de Wintzingerode y muchos bagajes, el general Nansouty con la caballería de la guardia y los polacos del general Pac, encontraba á los cosacos de Wintzingerode delante del puente de Berry-au-Bac, los cargaba al galope, los destrozaba y pasaba el puente en su persecución á pesar de la infantería ligera que lo guardaba. La conquista tan rápida de este puente de piedra, evitaba el intentar el paso por otros puntos, pues estando todavía á alguna distancia el grueso del enemigo, podían desembocar inmediatamente, y Napoleón, en la noche del 5 al 6 y en todo el día 6, se apresuró á hacer desfilar la masa de sus tropas por Berry-au-Bac, con el fin de establecerse sobre la derecha del río antes que Blücher pudiera oponerse á su acción. Al saber esto exclamó: «Es un pequeño bien, en compensación de un mal muy grande.» No era un pequeño bien, si trasladado al otro lado del Aisne, podía alcanzar una victoria; pero esto era difícil, teniendo Blücher cien mil hombres de las